

Feria Mayor (Adviento)

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD

Día 22 de diciembre

a.- 1 Sam. 1,19-20. 24-28: Ana da gracias por su hijo Samuel.

La primera lectura tiene como protagonista a la madre del profeta Samuel, Ana, quien en una visita al santuario de Silo, hace un voto a Yahvé: "Estaba ella llena de amargura y oró a Yahvé llorando sin consuelo, e hizo este voto: «¡Oh Yahvé Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza.» (1Sam.1, 10-11). Ana presentía que Yahvé había escuchado su oración, desde ahora comió y bebió con su marido, es más, se unió a su Elcana, y Dios se acordó de ella (v.19). La madre le impone el nombre al hijo, que concibió y dio a luz, a un año de la visita al santuario. El nombre Samuel vendría a significar "pedir a Yahvé" (v. 20). Toda la familia sube al templo de Silo menos Ana y el niño hasta que ella lo destete, Elcana respetó la decisión de su mujer (1Sam.1,21-23). Al cabo de dos o tres años junto a toda la familia sube Ana con el niño Samuel al templo, como todos los años lo hacían las familias judías, éste tendría ya alrededor de cuatro años. La familia junto con el niño ofreció un toro de tres años, una buena cantidad de harina y un odre de vino (cfr. 2Mac.7, 27; Gn. 15,9; Nm.15,8-10). El niño es presentado al sacerdote Elí, porque como había sido regalado por Dios a Ana, ella siente que le pertenece, es su propietario, quiere que le sirva en el santuario.

b.- Lc. 1,46-56: El Magnificat. El canto de la María

En el evangelio encontramos a María de Nazaret, que como Ana canta las maravillas que Dios ha hecho en su vida. Mientras primera agradece la maternidad y consagra a Samuel a Dios en el templo, que queda al servicio del sacerdote Elí (cfr.1Sam.2,1-11), María, canta la grandeza de Dios y su predilección por los pequeños y humildes. En el Adviento, María de la Esperanza, se convierte con su canto, en el símbolo vivo de este tiempo. En su canto se reúnen la síntesis de la fe del pueblo de la antigua alianza, la espera de los profetas, fiado de las promesas de Dios hechas a su descendencia para siempre y la novedad del Reino de Dios ya presente en medio del pueblo de Israel. Hay que leer el Magnificat, además, con los ojos y el corazón renovado de la comunidad pascual, que pone en labios de María su canto de redención mesiánica, que gracias al misterio, de muerte y resurrección de Cristo, transforma la humanidad. Los olvidados y marginados, son ahora los protagonistas de la historia, que Dios ahora escribe con ellos, que los prefiere a los poderosos y soberbios de este mundo. Los diversos textos bíblicos, que subyacen en el Magnificat, nos hablan de las aspiraciones seculares de Israel, pero también, promesas que se cumplen hoy en una humanidad redimida por la resurrección de Jesucristo, alegría y esperanza de los pobres de ayer y siempre. La llegada del Reino de Dios ha desencadenado, por la palabra de Jesucristo, el evangelio, una transformación en el interior del hombre. El Dios santo, justo y misericordioso del

Magnificat, pone en marcha un proceso histórico, que invierte el viejo orden de injusticia y maldad, por el que pregonan las bienaventuranzas, código de santidad y convivencia, de reconciliación y paz, fraternidad y solidaridad entre los hombres y pueblos. Mucho ha sufrido la humanidad a manos de tiranos y soberbios ayer y hoy, por lo tanto, gran parte de esa misma humanidad está por la paz, la solidaridad, la justicia, la libertad, etc. El Reino de Dios, no tolera situaciones de injusticia y ofensa a los valores humanos. María, Madre de Jesús, inserta al Dios y Hombre, verdadero en una sociedad de pobres y humildes, los pobres de Yahvé, preferidos de Dios, y destinatarios del Reino de Dios, predicado por Jesús. En su misterio pascual, Cristo Jesús, da la vida nueva a la humanidad, y en su Madre encontramos a María de la Esperanza alegre y cierta abierta a camino nuevos de eternidad en el Reino de Dios y de todos los que creen en su Hijo, el único Salvador.

Sor Isabel meditando acerca de la respuesta de María a Dios Padre escribe: "Amar es seguir las huellas de María,/ exaltando la grandeza del Señor,/ al tiempo que su alma arrebatada/ entonaba su cántico al Señor./ Vuestro centro, oh Virgen fiel,/ era el anonadamiento,/ pues Jesús, Esplendor eterno,/ se ocultó rebajándose./ Es siempre por la humildad/ como el alma le engrandece./ San Pablo en su poquedad/ «me glorío, gritaba, en el Señor,/ pues así la fuerza del Redentor/ triunfa en mi corazón». (Poesía 94).